

Participación española en las tareas internacionales de cine educativo y cultural

Recientemente se ha celebrado en París la Asamblea General anual del Comité Internacional del Cine Educativo y Cultural (Cidalc), que agrupa los esfuerzos de los principales países interesados en la materia.

En esta Asamblea, y coincidiendo con el LX aniversario del Cine, celebraba el Cidalc el XXV aniversario de su fundación.

En la primavera pasada tuvo lugar en Madrid otra reunión internacional muy interesante, en la que España destacó como una de las naciones de las que el Comité Internacional espera una positiva ayuda y una continuada aportación. De aquella reunión salió la idea de celebrar en nuestra patria, anualmente, jornadas dedicadas a la "Danza y el Cine en su desarrollo histórico", así como la de crear un Centro Iberoamericano de Cine Educativo y Cultural.

En la Asamblea de París, España estuvo representada por el director general de Cinematografía y Teatro, don Manuel Torres López, presidente de la Comisión española del Cidalc, que fué elegido por unanimidad vicepresidente del Organismo internacional. De conformidad con los estatutos del Cidalc, el señor Torres López desempeñará dicho cargo por dos años, juntamente con el profesor Demus, de Austria, que fué elegido asimismo en esta Asamblea, reemplazando al ministro del Interior de Bélgica, señor Pierre Vermeulen, y a M. Scicluna Sorge, inspector general de la Cinematografía Italiana.

La primera sesión tuvo lugar en el Instituto de Altos Estudios Cinematográficos, y después de ella,

los asambleístas recorrieron las instalaciones del mismo, acompañados por su director, M. Tessoneau, que hizo los honores.

En otra sesión se hizo entrega a M. Eduard Herriot, alcalde de Lyon, de la Medalla de Oro del Cidalc, destinada a dicha ciudad en homenaje a los hermanos Lumiere, acto que fué televisado y retransmitido.

Pronunciaron discursos el señor Torres López; M. Basdevant, de Francia; M. Bronkhorst, de Bélgica, y M. de Oliveira, de Portugal, que expusieron las actividades desarrolladas por los Comités Cidalc de sus respectivos países.

Como final de las actividades de la Asamblea General, M. Pillat, secretario general y fundador del Cidalc, dió lectura a la Memoria anual, en la que se resumían las actividades del Organismo en el último año, pronunciando a continuación un discurso sobre sus recuerdos desde 1930, fecha de la fundación del Cidalc.

Como españoles, tuvimos la satisfacción de ver proyectada, junto con *Imágenes populares sicilianas*, *Hôtel des Invalides* y *Las muñecas*, nuestra gran película *Marcelino Pan y Vino*, premiada en la reunión de Madrid con la Medalla de Oro del Cidalc.

Han participado en estas manifestaciones altas personalidades del mundo político, de las Artes y las Letras, de la Prensa y del Cine de veintitrés países.

JULIÁN JUEZ

Aplicación didáctica de la investigación literaria actual

Toda una corriente de la investigación, notablemente crecida en lo que va de siglo, se ha orientado hacia el estudio de la obra literaria considerada en sí misma y hacia el análisis de los elementos que la constituyen como tal. Se trata de un cambio importante de punto de vista. No basta indagar los elementos que constituyen el contorno de la obra (históricos, biográficos, sociológicos, etc.), cosa que, cuanto más, nos dejará en los aledaños de una auténtica

comprensión, sino de penetrar en la estructura de aquella, para saber definitivamente y desde ella misma lo que es (1). Quiere decirse, en último término, que nada puede proporcionarnos tan decisivos datos

(1) Una abundante información sobre las modernas direcciones del estudio literario puede encontrarse en el libro de los profesores Wellek y Warren *Teoría literaria*, editado recientemente por la Editorial Gredos y prologado por Dámaso Alonso.

para el entendimiento de una obra literaria como el análisis de lo que esa obra nos está diciendo naturalmente de sí.

Las consecuencias didácticas—aun en los órdenes más humildes—que la aplicación de este principio puede proporcionar son absolutamente decisivas. Durante mucho tiempo, en nuestros Institutos y Colegios, y desde luego también en la Universidad, la literatura se ha enseñado y se enseña a base de un criterio gruesamente historicista de una radical esterilidad. Al cabo de varios años de bregar asépticamente con la historia literaria, cualquier bachiller sabe que Garcilaso fué un poeta de corta vida, al que desnucaron asaltando un castillo, pero de la *realidad* de sus poemas no tiene más prueba que el consentimiento universal. Afortunadamente, la nueva programación de la enseñanza de la literatura obligará al profesor a acometer el comentario directo de los textos, y el alumno empezará a comprender que el objeto de su estudio no es una desangelada sucesión de títulos y fechas, sino el acercamiento real a una obra de arte que le transmitirá, en mayor o menor grado, algo. Sólo así la enseñanza de la literatura tiene justificación (y si no, sobra prácticamente) como preparadora del gusto, de la sensibilidad, de la imaginación y, desde luego, de la inteligencia de un adolescente.

Ignoro cómo se aplicará a esta función un profesor acostumbrado a la explicación *datística*. Nosotros no tenemos guías que faciliten la enseñanza en este sentido. Los franceses, en cambio, que han aprovechado mucho esa orientación de la investigación hacia la descripción y análisis de la obra misma, tienen una abundancia bibliográfica de este tipo (introducciones prácticas y explicaciones de textos), entre la que se cuentan trabajos tan divulgados como *La formation du style par l'assimilation des auteurs* o *Comment il faut lire les auteurs classiques français* (París, 1923), de Antoine Albalat.

Naturalmente, nuestra investigación *en gran escala* ha acusado fecundamente ese cambio de enfoque en el estudio de la obra literaria, al que me he referido, con trabajos tan valiosos como los de Pedro Salinas, Amado Alonso y Dámaso Alonso. A este tipo de estudio, como módulo de primera mano, tendremos que recurrir para extraer de él todo lo que desde el punto de vista didáctico sea útil—que es, a mi juicio, bastante—. Por eso quiero referirme ahora, brevemente y a título de ejemplo, a un libro que me parece oportuno tener en cuenta desde nuestro punto de partida: *Teoría de la expresión poética*, de Carlos Bousoño (2). No se trata aquí de reseñar este libro, aparecido ya en 1952, sino de hacer una sumaria alu-

sión al material de *uso práctico* que efectivamente nos brinda.

Si tenemos en cuenta nuestro enfoque de la cuestión, este trabajo es, desde su arranque, absolutamente aleccionador. “Es el poema mismo (éste, aquél)—escribe Bousoño—el que me ha enseñado lo poco que sé sobre poesía.” Este es, justamente, el motivo central al que responden estas líneas. Si el estudiante primerizo (en el caso que nos ocupa) debe obtener un saber real (mayor o menor, según su capacidad y su edad) sobre lo que una obra literaria es, un poema por ejemplo, es el poema mismo el que ha de enseñárselo, y al educador corresponde proporcionarle una *lectura adecuada* de él. Lo que sucede—desde el punto de vista del que enseña—es que, hasta ahora, teníamos muy pocos y muy parciales elementos para intentar la descripción estructural de un poema. Sólo los que nos brindaba, en su lógica sequedad, la retórica, y ésta, por añadidura, había caído en desuso. Una investigación como la realizada aquí por Bousoño amplía el campo del posible comentarista de un texto poético de manera muy considerable. Lo amplía porque este estudio no se ha restringido a los procedimientos poéticos que puedan ser explicados con exclusiva colaboración de la lógica (que era a lo que se limitaba la retórica), sino que se refiere a los que, además, requieren un particular esfuerzo de la sensibilidad. Lo cual ensancha el margen de comentario de un poema, lo hace más penetrador e introduce, a la vez, un elemento de extraordinaria importancia pedagógica: el entrenamiento de la sensibilidad.

Toda la segunda parte del libro de Bousoño está dedicada al análisis de procedimientos concretos, algunos conocidos ya por la retórica tradicional (contraste, reiteración, etc.); otros, los más, no clasificados hasta ahora. Naturalmente, no todos podrían ser utilizados en un comentario dirigido a estudiantes muy jóvenes y que por primera vez se enfrentan con la lectura detenida de un poema, pero gran parte de ellos podrían ser reducidos a una formulación que se prestase eficazmente a este fin. Muchos, sin duda (pienso, por ejemplo, en los agrupados bajo el epígrafe de “sintaxis, ritmo y materia fónica expresivos”), ayudarían además a dar sentido y a hacer más jugoso un estudio tan árido a *palo seco* como el de la gramática.

Por último, me interesa señalar que casi todos los procedimientos recogidos en esta *Teoría de la expresión poética* están comprobados sobre material contemporáneo. Bousoño, sin proponérselo desde luego como objeto primordial, facilita así en cierto modo una labor que considero de máxima importancia didáctica: la preparación de un gusto *actual*. Pero creo que esto es un tema que merece ser tratado por sí solo en próxima ocasión.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

(2) C. Bousoño: *Teoría de la expresión poética*. (Hacia una explicación del fenómeno lírico a través de textos españoles.) Edit. Gredos. Madrid, 1952.